

UNA DICTADURA DEL URBANISMO

Uno de los últimos escritos del ilustre publicista francés Jean Giraudoux, fallecido hace pocos meses, fueron las siguientes páginas sobre Urbanismo, que figuran al frente del libro de André Boli: "¿Hará Francia su revolución arquitectural?"

Sería en vano creer que la regeneración del carácter francés pudiese ser plenamente lograda por el establecimiento, con ayuda de leyes innovadoras o represivas, de una moral nacional e individual. El Código más perfecto permanecería artificial, aunque fuese lealmente aceptado por todos, si el ciudadano francés no encontrase en la ordenación y el decoro mismo de su vida diaria el fundamento y la lección que de ellos debe hacer toda nación moderna para sus hijos. El orden de su calle, de su ciudad, de sus arrabales, la disciplina de Francia, será la norma de sus costumbres, así como el orden de una casa llega a ser la norma del inquilino. Ahora bien, está desgraciadamente permitido decir que Francia era, bajo el régimen que acaba de clausurarse, el país civilizado peor disciplinado del mundo. Los jefes que han pretendido colmar al francés de todos los derechos cívicos y espirituales no han soñado nunca en concederle los derechos que le hubiesen proporcionado dignidad, fácil acomodo y salud en su región y en sus cambios de residencia. El itinerario del ciudadano extranjero, desde el nacimiento a la muerte, le lleva ahora por avenidas cada vez más amplias, por parques, piscinas, campos de "sport" cada vez más numerosos; teatros, bibliotecas y hospitales cada vez más monumentales. El ciudadano francés, en su vivienda, en sus idas y venidas hacia el trabajo o el descanso, hacia la salud o la enfermedad, no encuentra general- 561

mente más que ejemplos de mediocridad y de fealdad. Nuestro país, que ofrecía, por sus recursos naturales o urbanos, posibilidades incomparables para una ordenación moderna; que disponía, para su extensión y su adaptación al siglo, atractivos geniales, creados por los regímenes precedentes, que no sólo extrajo el primero para la humanidad las verdades y los beneficios del urbanismo, sino que contaba, además, con los urbanistas más célebres y más solicitados por las nuevas naciones, no ha proseguido muy frecuentemente su desenvolvimiento más que en la mezquindad, el saqueo y la confusión. En tanto que en los países más pequeños o menos poblados—Dinamarca, Holanda, Suecia—; en tanto que sobre el mismo territorio que depende de Francia—como Marruecos e Indochina—, la vida moderna sirve de modelo, como un embellecimiento y como un guía, raros son entre nosotros las villas y los burgos en que la vida moderna no haya traído la congestión y la mutilación. Mientras la amplitud y la facilidad del tráfico, el recreo de las ciudades obreras, la conservación de las ciudades históricas y la nobleza de las decoraciones monumentales y naturales son consideradas en todas partes como las primeras obligaciones debidas por el Estado a los ciudadanos desde la cuna, el Estado francés no ha dedicado nunca ningún ramo de la Administración—y no ha encontrado ninguno con tal fin—para dar a la Francia moderna un rostro digno de su pasado, y a los ciudadanos franceses el nivel de vida ciudadana o aldeana, sin el cual no puede ser más que un ciudadano de segundo orden. Ningún jefe ha querido comprender que el alma del francés no podía iluminarse y mejorar en una Francia que se degradaba y envilecía. Nuestros dirigentes han visto generalmente en el embellecimiento de la ciudad, una prodigalidad; en el mejoramiento de la vida burguesa, obrera o campesina, un lujo. Bajo la presión de los grandes intereses, los Municipios, minados por la intriga, han retirado poco a poco al Estado su derecho a inspeccionarlos y su responsabilidad, desarmado sus representantes, transmitido las funciones del urbanismo del prefecto al alcalde, y dado así campo libre a aquellos que tenían interés en que la arquitectura cediese a la empresa, la ordenación al fraccionamiento en parcelas, la adaptación a la destrucción. Para no tomar más que el ejemplo capital, así como hemos visto surgir en torno de París, con desprecio de toda ley y de toda preocupación, una sarta de villas sórdidas, es así como los paisa-

jes más queridos para la memoria del parisién y los más necesarios a sus ojos y a sus ocios, islas de Billancourt o declives de Meudon, se han cubierto de fábricas, y las villas de Chevreuse, de campamentos de barracas. El plan de ordenación de las fortificaciones de París, presentado por un célebre Arquitecto, y, por otra parte aprobado, ha sido muy bien ejecutado después, pero por el Ayuntamiento de Colonia, Ligas, Administraciones, Comisiones de monumentos históricos, Asociaciones de Arquitectos, abandonadas a sí mismas, no disponen más que de una fuerza, académica y vana, contra el empuje irresistible de los empresarios y de los mercaderes de fincas.

Bajo sus gritos de alarma se votan leyes o se celebran concursos, pero para buscarles las vueltas o falsearlos en seguida. Hasta sus esfuerzos para proteger el valor histórico o futuro de un monumento o de un paisaje, no hacen más que revelar la importancia al enemigo en acecho, y, por otra parte, en Francia, la belleza de un lugar o de un caserío no es más que el signo por el cual se traiciona el mismo y se manifiesta al repartidor de lotes o al anunciante; así es como los muros de Avignon han atraído a los hangares de hierro, las fuentes de Juvisy o de Pétrarque, los carteles "Byrrh", y el Sena, las letrinas.

Esta decadencia urbana, que cuesta ya a nuestro país sobre los vicios de su ordenación una reducción de sus nacimientos y un aumento de mortalidad, es también el mayor obstáculo por los ejemplos de incuria y de humillación que da a la reeducación moral de la juventud francesa. Hemos llegado hoy a un punto en que la institución de una autoridad central en materia de urbanismo ha llegado a ser una cuestión de vida o muerte para el país.

Ante sí, tendrá dos fines principales cuya primera misión es de ordenación. En el vasto cambio que se prepara del suelo y hasta del mobiliario mismo de Francia y que no hubiera sido ayer más que la señal de un nuevo desplazamiento para negocios y empresas, importa que el tránsito de las nuevas soluciones no implique el menor abandono de todas las nociones arquitecturales o urbanas legadas por los grandes sistemas franceses, ni de los recursos de las bellezas de nuestro mismo país.

El ejemplo y las consultas que a nosotros ofrezca el rostro antiguo de nuestra patria, deben permanecer en su pureza si se quiere que el ojo francés vuelva a ser seguro y sin mancha. Es urgente asegurar la protección de los lugares sagrados de nuestra 563

historia, librando aquellos que han sido desfigurados. Es urgente remediar la ruina de nuestras iglesias, el saqueo de nuestros castillos, defender contra los negocios que ya los estrechan los dominios que han de venir a manos del Estado y del Municipio, sea por el abandono de las propiedades particulares, sea por la elaboración de un nuevo catastro, sea por el hecho de la entrega al Ministerio de Defensa Nacional de numerosos feudos que él ha protegido hasta aquí. El cuidado de ver por que cada ciudad no abdique nada de su estilo y de su dignidad y también de sus posibilidades, cada provincia de sus ventajas o sus bellezas naturales—cuidado dejado hasta aquí a algunas sociedades benéficas de las que se burlaba el capital—, debe convertirse en un servicio del Estado, armado de leyes modernas e implacables. No solamente nuestra dignidad en el interior, sino también nuestro prestigio en el extranjero, dependen de ello. Se trata de un usufructo humano, es una parte clásica de nuestro país que nos asegurará el respeto del mundo civilizado si los vemos y protegemos, su desprecio si los despreciamos.

La segunda misión es más grave todavía. Pues no se trata solamente de asegurar al ciudadano francés arruinado el disfrute de algunos bellos muebles de familia. Se trata de asegurarle una vida sana y de enriquecer tanto su alma como su imaginación. Se trata de proporcionarle en los menores actos de su jornada, no mediante discursos, sino por la lección misma de los lugares donde vive, la conciencia de la dignidad, la facilidad y la belleza de la vida moderna. Se obrará por la influencia del ornato que facilitará el orden de su calle y de su ciudad, por la presencia en el taller, la casa, el campo de trabajo o de juego, de estas artes reservadas demasiado frecuentemente hasta aquí—por otra parte, con parsimonia—a la ciudad burguesa; por el ennoblecimiento de lugares cuyo solo nombre implicaba ayer en Francia la mezquindad y la fealdad—fábricas, suburbios, zona, estación, hospital, bibliotecas, cuarteles—; de fortificar o de devolverles aquella confianza y aquella exaltación de calidad vital y física sin la cual la calidad moral se vaciaría de su espíritu como un acumulador gastado. Se obrará lo mismo en la reconstrucción de las provincias destruidas que en la ordenación de conjunto del territorio, revistiendo al país, no de costurones ni de remiendos, sino de una vestidura amplia y cómoda que haga de la imaginación francesa y del trabajo francés una imaginación y un trabajo de gran mu-

danza, sin imponerles un retraso imposible de llenar frente a la imaginación y al trabajo extranjeros. Esta sola tarea exige que las escasas oficinas revueltas y desdeñadas, esparcidas en algunos Ministerios, se transformen en una dictadura de urbanismo. Nunca las circunstancias habrán sido tan favorables, pues no solamente la ordenación y el suelo de Francia lo piden instintivamente, sino que son numerosos los franceses que en la guerra y en el éxodo han aprendido a vencer esta disposición sedentaria y este gusto individual que han sido uno de los más grandes obstáculos al aprovechamiento en común de nuestras riquezas y de nuestros dones urbanos.

JEAN GIRAUDOUX

Trad. de J. G. R.